

Volvió á subir y echó sobre sus hombros su gaban de pieles.

Al salir se miró en un espejo de Venecia. Le pareció que reflejaba dos imágenes.

—Mucho tienes que hacer Satanás, dijo: no eres mas que un pobre diablo. No se cree en Dios: porque se ha de creer en Satanás?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HERRERA"

Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

## VI.

### LA MARGARITA DE LAS MARGARITAS.

No bien el Sr. de Parisis hubo cruzado el primer salon de la embajada, cuando vió enfrente de él, pero huyendo con discrecion á una Margarita que era, no la de Ary Scheffer, sino la del mismo Goethe.

Octavio alcanzó muy pronto á esa Margarita entre un nudo de máscaras ocasionado por una reunion de mugeres que picaban á todo el mundo.

—Dime, interrumpió el joven dirigiéndose á Margarita: sabias, pues, que yo me disfrazaria de Fausto?

—Quien sabe, dijo ella.

Y Octavio que no queria jamás dudar de nada, añadió:

—Tu no vienes aquí para ir á la iglesia. Quieres confesarte conmigo?

—No traigo pecados.

—Los cometerás mas tarde.

—Eres el diablo, Fausto.

—No fué el diablo quién llevó á Jesús sobre la montaña. La virtud no triunfa sino cuando está en peligro?



—Y sobre que montaña quieres llevarme, Satanás?

—Ah! sobre este divan, á la sombra de esas mujeres que bailan.

Margarita no se hizo de rogar y se sentó en el divan.

—Pues bien, habla tentador.

Octavio habló.

Y segun su costumbre habló bien. Pero aquella Margarita no era la hija de Goetlie; solo llevaba su máscara. Era un corazon valiente que no temia el diablo por mas que temiese el amor.

Fué una batalla de palabras llenas de chispa, alguna vez apasionadas, pero con mucha frecuencia burlonas.

—Decid, exclamó de pronto Octavio. Hasta ahora no habeis hablado mas que para enmascarar vuestro corazon y vuestra alma. Sed franca una sola vez; porqué os habeis disfrazado de Margarita?

—Y vos porqué os disfrazasteis de Fausto?

—Lo ignpro. Es una bestialidad. Un hombre bien nacido cual yo, no debia disfrazarse mas que de Pierrot.

—Y bien, yo que tampoco soy peor nacida que vos, debia disfrazarme de Colombina.

—Querida Colombina!

—Mas bajo, que os oyen; tendríais que batiros como Pierrot. Adios, ya volveremos á encontrarnos. Quereis saber mi secreto?

—Escucho con toda mi alma.

—Me he disfrazado de Margarita porque os habeis disfrazado de Fausto. Poned esto en vuestro corazon, en vuestra petaca, toda vez que el amor no es mas que humo.

—Oh! Margarita! Margarita! No tengo mas que un cigarro, pero lo fumaré toda mi vida!

Y reportándose, como si sintiera el haber soltado este sarcasmo atrevido añadió:

—Margarita, yo os amo.

—Quizá un poco, dijo ella riendo.

—Mucho.

—Ni una palabra mas, pues vos diríais: que bromazo!

Margarita desapareció como por encanto.

El jóven se levantó de puntillas y no le fué posible ver en que turbion de máscaras se habia enredado.

—Lo siento, dijo. Es un poco delgada, lo que prueba que es jóven, pero es hermosa y estoy embriagado con el fresco aroma de veinte años que esparce en torno suyo. Mas, despues de todo, no hay que aturdirse en un baile de máscaras donde un hombre de buena intencion debe estar preparado á correr una aventura cada cinco minutos.